

Juan Pro, Hugo García y Emilio J. Gallardo-Saborido. *Utopías hispanas. Historia y antología*. Granada: Comares, 2022. 486 pp.

Francisco Caamaño  
CONICET/CeDInCI (Argentina)

La tensión entre lo particular y lo universal representa siempre un dilema de difícil resolución metodológica. Desde que el movimiento romántico se propuso revalorizar las tradiciones y costumbres regionales frente al ideal cosmopolita e integral del Iluminismo, esta paradoja se convirtió en un asunto central dentro del campo historiográfico. En el siglo XIX, con la profesionalización de la disciplina y su consecuente transformación en una forjadora de relatos nacionales, la discusión en torno a la dicotomía entre lo general y lo particular continuó siendo, en términos generales, un ejercicio estancado. Solo tras el paso de las sucesivas décadas de un convulsionado siglo XX y el inicio de un mundo contemporáneo cada vez más globalizado es que el binomio recibió un abordaje más complejo y detenido en la academia sin por eso lograr, definitivamente, desentrañar sus lógicas.

Con sus singularidades, una situación análoga es fácilmente perceptible dentro del ámbito de lo que se conoce como *Utopian Studies* —o los Estudios Utópicos, si hispanizamos el término. Centrada en el estudio de las experiencias y significados que se engloban bajo la palabra utopía, esta disciplina surgió en la década de 1970 en los centros de investigación de los países más “modernizados” del espacio occidental. Con una rápida diseminación en Inglaterra y Estados Unidos, la disciplina fue forjando numerosas herramientas conceptuales y teóricas que fueron fundamentales para comenzar a sistematizar una mirada académica sobre el extenso universo de la tradición utópica. Sin embargo, pese a sus múltiples e interesantes desarrollos en la labor descriptiva y analítica de la utopía, los abordajes producidos carecían en general de una lectura global del fenómeno.

Ya sea por fundamentos teóricos, criterios metodológicos, ciertas premisas eurocéntricas o simple desinterés, estos pioneros trabajos tendieron a focalizarse en el despliegue del pensamiento utópico en los países de lengua inglesa, virando ocasionalmente hacia el desenvolvimiento del utopismo en Francia, Alemania, Rusia y los Países Bajos. En oposición a ciertas sugerencias de algunos antecesores de la disciplina, como el filósofo alemán Ernst Bloch, omitieron la posibilidad de pensar la existencia de un impulso utópico en la naturaleza ontológica del ser humano y restringieron, por tanto, esa condición

a una pequeña porción de la humanidad. Las conclusiones que se engendraron de este enfoque dejaron entrever un argumento que, de manera explícita o implícita, terminó adquiriendo una fuerte impronta en el área: la idea de que, tras el nacimiento de la utopía como género literario en la Edad Moderna europea, su expansión solo encontró un terreno fértil en las regiones más representativas del mundo occidental.

Con el objetivo expreso de trascender esa limitación, el libro *Utopías hispanas. Historia y antología* se propone rescatar, revalorizar y reconstruir la tradición utópica producida por los pueblos de habla hispana en España y América Latina desde el siglo XVI hasta la actualidad. No obstante, en sintonía con la paradoja presentada al comienzo de esta reseña, el escrito no busca encapsular ese cúmulo de experiencias dentro de unas estrictas fronteras territoriales o culturales. Más bien, su propósito es ampliar la óptica analítica y pensar esa tradición dentro de una trayectoria utópica más amplia que tiene lugar en Europa y América desde la Modernidad temprana. Tal es así que sus escritores, el trío de investigadores españoles conformado por Juan Pro, Hugo García y Emilio J. Gallardo-Saborido, no necesariamente parecen querer reemplazar el recorrido conceptual efectuado por los autores que indagaron previamente en torno al canon anglosajón. Contrariamente, su deseo es el de complementar y extender el trabajo de esos especialistas para, desde un marco más universal, continuar ensanchando la deriva de los Estudios Utópicos.

En la introducción del libro, los investigadores exponen un estado de la cuestión sobre los estudios dedicados a la utopía en España e Hispanoamérica. Si bien reconocen y señalan algunos antecedentes significativos, ellos sostienen que, en general, tanto los investigadores españoles e hispanoamericanos como los del exterior, conciben a las sociedades hispanas como pueblos incapacitados esencialmente para la especulación social. Contra esta visión, en las páginas iniciales de la obra los coautores van a plantear varias hipótesis de trabajo que irán justificando sólidamente a lo largo de todo el texto. En primer lugar, afirman que las primeras expresiones literarias utópicas tuvieron un importante desarrollo durante el periodo imperial español de la temprana modernidad. La vertiente utópica humanista y renacentista, base para la gestación del género en la mayor parte del continente europeo, fue también fundamental en el nacimiento del utopismo hispano. Del mismo modo, agregan, es imposible desconocer el aporte hispano a la genealogía de la literatura utópica en Europa. Tal es así que, tras la publicación de la famosa novela *Utopía* (1516) de Tomás Moro, la segunda utopía escrita y publicada en latín en Europa fue producto de la pluma de un escritor castellano. Según los registros de los autores fue el relato *Somnium* de Juan Maldonado, escrito en 1532 pero publicado finalmente en 1541, el segundo ejemplo más antiguo de ese tipo de literatura.

Una segunda tesis que aparece en la introducción sostiene la existencia de una tradición utópica hispana. Más allá de la diversidad de formatos en los que esta se expresó, Pro, García y Gallardo-Saborido encuentran una persistencia deliberada de ciertos tópicos, algunas continuidades temáticas y programáticas y un marco intelectual común entre las utopías que permiten concebir a todas ellas como una única totalidad histórica. Debido a la amplia circulación de sujetos, objetos e ideas, facilitada por los enlaces económicos y culturales y la lengua compartida entre las regiones, el diálogo intertextual entre las obras se pudo dar con relativa facilidad pese a las distancias geográficas y políticas. Fue ese diálogo el que terminó de dar forma a una tradición que, lejos de ser un mero espejismo del universo europeo, mostró varios ingredientes que emanaron de las propias culturas españolas e hispanoamericanas. Esa herencia también se evidenció en los usos colectivos de la palabra utopía que emergieron dentro del español. Las transformaciones operadas en el lenguaje y en su campo semántico, por las cuales la noción terminó siendo incorporada en el vocabulario de los hispanoparlantes, también manifestaron los préstamos e intercambios lingüísticos que se produjeron entre ambas orillas del Atlántico y que sirvieron como un mecanismo que reforzó ese legado. En síntesis, al hablar de una tradición utópica hispana, los escritores presentan a su obra como un texto que busca visibilizar la persistencia temporal de esa experiencia a través de la observación de distintos procesos, acontecimientos y movimientos culturales como:

la literatura del Siglo de Oro, la Ilustración, las revoluciones liberales y las independencias americanas, el constitucionalismo y el romanticismo, la intensa experimentación socialista en América Latina, el vigor del anarquismo en varios países hispanohablantes, los sueños republicanos y federales de la España peninsular, las guerrillas y las revoluciones sociales en Hispanoamérica, la Revolución cubana, el *boom* literario hispanoamericano, los sueños de integración europea y americana, la teología de la liberación, la transición española y la movida madrileña, la contracultura, el zapatismo... (Pro *et al.*, 2022: xi).

Otro planteo inicial parte del supuesto de que, a pesar de los componentes compartidos y el legado común, las utopías hispanas se caracterizan por su amplitud temática y expositiva. El repertorio utópico en España e Hispanoamérica es extremadamente vasto y plural, algo que dificulta notablemente la tarea de crear una topografía integral del problema. Las utopías varían según distintas características: su fecha y lugar de escritura y publicación, su extensión y complejidad –ya que abarcan desde cuentos y relatos cortos hasta largas novelas–, su tipología –que incluye un variopinto cuadro de utopías literarias y ficcionales, programas políticos radicales, proyectos de urbanización, legislación o institucionalización novedosos y la

edificación de comunidades o utopías concretas—, o su adscripción intelectual y política —algo no siempre presente o fácilmente perceptible, pero que oscila entre corrientes como el iluminismo, humanismo, liberalismo, monarquismo, feminismo, positivismo, romanticismo, republicanismo, conservadurismo, fascismo, socialismo, anarquismo, comunismo, nacionalismo y muchas otras más. Sumado a ello, el libro constata —aunque por una cuestión de espacio, no con la profundidad suficiente— que hubo muchas manifestaciones no textuales del impulso utópico, visibles en disciplinas artísticas como la pintura, la música, el cine o la arquitectura.

Los escritos, proyectos y argumentos utópicos variaron asimismo según su origen social. Surgieron de hombres y mujeres pertenecientes a diversos estratos, incorporando voces tanto del ámbito patricio como del plebeyo. Aunque la mayor parte de las utopías de la época moderna fueron, como aclaran los autores, patrimonio de las clases dirigentes y dominantes, tras el advenimiento de las revoluciones políticas y las transformaciones económicas del siglo XIX ese núcleo se propagó hacia otros actores sociales. A los miembros de los estamentos nobiliario y eclesiástico, los reformadores y consejeros de las cortes y los estados se les fueron sumando cada vez más intelectuales o actores orgánicos de los sectores más empobrecidos de las sociedades hispanas: trabajadores, campesinos, artesanos y profesionales de las clases medias. La vastedad del universo utópico hispano fue tal que llegó a difundirse en diversos idiomas —español, catalán, gallego, quechua— y en sus tramas figuraron, al momento de imaginar la localización del mundo ideal, distintos escenarios narrativos que fueron variando con el paso del tiempo: islas ficticias, planetas extraterrestres o el futuro lejano. Incluso, trascendiendo los bordes de la utopía, aparecieron otros subgéneros hermanados como la ucronía, la distopía y la sátira antiutópica que, dado su extrema conexión con la tradición, los autores optaron por añadirlos a su cóctel descriptivo.

Una última argumentación digna de mención es la que habla de la evolución temporal de la utopía hispana. Si bien la progresión histórica del género tiene estrechas coincidencias con su devenir en el resto de los países, su lógica no deja de evidenciar una cronología propia. De modo tal, Pro, García y Gallardo-Saborido señalan los ciclos de auge y retroceso del utopismo en España y América Latina. Entre los momentos más fértiles para la utopía incluyen la primera mitad del siglo XVI, momento ligado a la búsqueda de una Monarquía universal en España y la protección de las poblaciones indígenas en América, y el periodo revolucionario y románticista que abarca desde finales del siglo XVIII hasta la primera mitad del siglo XIX. Entre los periodos de reflujo del género se mencionan el reinado de Felipe II, la etapa pragmática de la construcción de los Estados nacionales en América en la segunda mitad del siglo XIX y nuestra realidad actual, marcada por el auge de la distopía

y la decadencia –aunque, aclaran los autores, no la muerte– del pensamiento utópico.

Publicado en el año 2022 en la ciudad de Granada y bajo el sello de la editorial Comares, el libro fue elaborado en coautoría por tres investigadores que se han acercado al campo de los Estudios Utópicos por distintas vías. De los tres escritores, Juan Pro es quien se encuentra más inmerso dentro de los Utopian Studies. A lo largo de los últimos años, Pro tuvo un notable rol en la promoción de la disciplina dentro de los países de habla española. Además de actuar como coordinador de la Red Transatlántica de Estudio de las Utopías, publicó y editó, en soledad o en coautoría, diversos libros y compilaciones como *Utopías in Latin America: Past and Present* (2018), *Nuevos Mundos: América y la utopía entre espacio y tiempo* (2021) y, más recientemente, *Utopías concretas: el anarquismo trasatlántico de Giovanni Rossi* (2022) y el *Diccionario de lugares utópicos* (2022).

Por su parte, Hugo García, docente de la Universidad Autónoma de Madrid y especialista en Historia Contemporánea, se ha acercado al área por medio de su estudio de las tradiciones políticas iberoamericanas. Bajo esa línea temática, ha escrito distintos trabajos sobre la literatura utópica en libros y revistas, tales como “De Macrobia a Yankeelandia: Américas imaginarias en la literatura española, 1868-1936” (2021), publicado en el libro editado por Pro, *Nuevos Mundos*, “Mundos habitados: utopías extraterrestres en España, 1868-1931” (2022) en la revista *Ínsula* o “Utopías tópicas: un mapa de la imaginación social en España, 1868-1939” (2023), que aparece en la publicación *Historia contemporánea*. Por último, el científico Emilio J. Gallardo-Saborido, integrante de la Escuela de Estudios Hispanos-Americanos, desarrolla distintas investigaciones relacionadas a la política cultural desde y entre ambos continentes. Aunque no es un *habitué* en el campo de la utopía, su trayectoria y erudición sobre los vínculos culturales entre América y Europa le otorgaron las facultades suficientes para deslizarse por un campo en principio ajeno a él con total determinación y soltura. Gracias a esas cualidades, su aporte al libro fue una tarea que cumplió en igualdad de condiciones que sus compañeros.

Al ser una antología compilatoria, la estructura del libro está simétricamente organizada. Consta de una introducción, seis capítulos principales y un epílogo final, y su escritura está distribuida casi por igual entre todos los autores. En conjunto, los capítulos medulares de la obra y el epílogo reúnen un total de 129 fragmentos de textos utópicos que sintetizan las manifestaciones del género en España e Hispanoamérica desde el siglo XVI hasta los albores del siglo XXI. Con el objetivo de crear un mapeo general del tema, cada uno de los capítulos aborda una etapa y un espacio específico dentro de esa extensa cronología de casi cinco siglos de duración. Estos contienen una breve introducción que contextualiza históricamente a los textos y condensa los hilos conducentes del discurso utópico

del periodo y una selección representativa de veinte fragmentos de textos –salvo en el epílogo, que figuran solo nueve– que son precedidos por una acotada presentación. Como se ha dejado entrever previamente, el libro emplea un uso amplio del vocablo utopía. Por lo tanto, los investigadores conciben a la misma como un género literario y como una serie de programas que buscan organizar la vida social de la forma más racional posible pero, también, como un impulso presente en muchos campos de la actividad humana –más allá del literario y del político– que busca permanentemente modificar lo establecido.

Los dos primeros capítulos del volumen están escritos por Juan Pro. El primero de ellos refiere al utopismo visible en la Monarquía española entre los siglos XVI y XVIII. Ese utopismo, que germinó en el marco de una fuerte expansión imperial, se desarrolló inicialmente dentro de una cultura humanista y cristiana propia del Renacimiento. Entre esas primeras utopías figuraron la ficción de Maldonado y los proyectos de resguardo e integración de las comunidades indígenas americanas como los pueblos-hospital de Vasco de Quiroga en México o el manifiesto *Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión* (1537) de Bartolomé de Las Casas. Junto a estos aparecieron decenas de relatos que evocaron a la idea de una tierra ideal: el mito de la Edad de oro que se describe en el diálogo de los cabreros con *Don Quijote de la Mancha* (1605), la aspiración de los conquistadores de encontrar el Paraíso Terrenal o El Dorado en suelo americano y las utopías del exceso y la abundancia sintetizadas en la fantasía de Jauja que, entre otros registros, se revela en la pieza de teatro compuesta por Lope de Rueda, *La tierra de Jauja* (1547). Más adelante en el tiempo, encontraremos un crecimiento de las propuestas de nuevos ordenamientos sociales y reformas modernizadoras, tales como las Misiones de los jesuitas en Paraguay o la clásica utopía, escrita desde el anonimato, *Sinapia* (1765).

El segundo capítulo aborda las utopías españolas y americanas de 1808 a 1870. El periodo, que se inició con la disolución de la monarquía española tras la invasión napoleónica, desplegó dos tipos principales de utopismo: el del progreso científico-técnico y el del social. Ambos compartieron la creencia en el progreso y veían en las virtudes de la ciencia y la tecnología los medios más idóneos para acompañar ese desarrollo. Por ende, los viajes interplanetarios, pero, fundamentalmente, los viajes en el tiempo, fueron los recursos narrativos más empleados. Para Pro, la gran utopía decimonónica fue el socialismo. Entre los muchos núcleos ideológicos, los lectores y seguidores de Fourier fueron quienes mayor vitalidad exhibieron. El proyecto fallido de fundar un falansterio cerca de Jerez de la Frontera en 1841, la *Cartilla socialista* (1861) de Plotino G. Rhodakanaty en México y la pionera utopía feminista de Rosa Marina, *La mujer y la sociedad* (1857), son algunos excelentes ejemplos de la circulación de las ideas del pensador francés en el mundo hispano.

El tercero y el cuarto capítulo están dedicados a explicar la expansión del género entre las décadas de 1870 y 1930 en España e Hispanoamérica, respectivamente. El tercero, escrito por Hugo García, se aventura dentro de una etapa histórica con fuertes oscilaciones políticas en España –el libro constata procesos como dos momentos republicanos, una restauración monárquica, una dictadura militar y la Guerra Civil de 1936– pero con una gran efervescencia intelectual –centralmente, durante la denominada Edad de Plata entre 1898 y 1930. Desde la óptica de García, la “energía utópica” permaneció constante durante todos esos años, aunque con cambios y rupturas permanentes. Las utopías “progresistas” y “tradicionales” hegemonizaron el proceso pero sin monopolizarlo completamente. Inspirados en autores como Julio Verne, William Morris y H. G. Wells, los intelectuales y dirigentes españoles de todas las tradiciones políticas formularon diversos proyectos y premoniciones sobre el porvenir que, en general, reflejaron una creciente nacionalización de los relatos. El abigarrado escenario se comprueba en las misceláneas orientaciones que encontramos: textos como *Cuatro siglos de buen gobierno* (1883) del liberal Nilo Fabra coexistieron con el poema con anhelos imperiales *Fundación* (1926) del diplomático Ramón de Basterra o la novela *El amor dentro de 200 años* (1932) del activista anarquista Alfonso Martínez Rizo.

Escrito por Gallardo-Saborido, el cuarto capítulo esclarece el modo en que la utopía movilizó y encauzó la búsqueda de una identidad continental en Hispanoamérica. El triunfo del proyecto liberal, que contó con sus propias expresiones utópicas como *Navidad en las montañas* (1871) del escritor mexicano Ignacio M. Altamirano, puso al lema de “Orden y progreso” como el principal estandarte de la construcción colectiva. No obstante, la singularidad americana también se persiguió por otros canales. Tópicos como la unidad continental, propuesta por José Martí en *Nuestra América* (1891), la superioridad moral de lo latinoamericano, esbozada al filo del siglo en el *Ariel* (1900) del uruguayo José Enrique Rodó, la emergencia de la cuestión social, presente en novelas como *La ciudad anarquista americana* (1914) del franco-argentino Pierre Quiroule, y el dilema étnico-racial del mestizaje, abordado en el ensayo *La raza cósmica* (1925) del pedagogo José Vasconcelos, dieron sobradas muestras de cómo lo americano comenzó a cobrar una vitalidad más central dentro del continente.

Por su parte, los capítulos quinto y sexto trazan las coordenadas utópicas entre los años 1940 y 2000. El primero de ellos, elaborado por García, proyecta esa tarea en España. Para el autor, con el triunfo franquista y la emergencia del mundo bipolar, la renovación de la literatura utópica comenzó a percibirse de manera más tangible recién en los años sesenta a partir de la eclosión de procesos como la contracultura occidental. En muchas ocasiones, la ensoñación social adquirió la forma de una añoranza melancólica, tal como se evidencia en

la ucronía *Proclamación de la Tercera República Española* (1965), donde Max Aub fantaseó, desde el exilio, con una nueva apertura republicana. La ilusión y el posterior *Desencanto* que generó el retorno democrático en el país ibérico suscitaron también nuevos impulsos de cambio y promovieron la creación de nuevas comunidades alternativas como la Comuna Antinacionalista Zamorana de Agustín García Calvo.

Algo más dinámica fue la realidad en Hispanoamérica durante esas décadas. Como sostiene Gallardo-Saborido en el sexto capítulo, el pensamiento utopista en el continente puede interpretarse a partir de una doble dialéctica: los pares de utopía/distopía y revolución/contrarrevolución. Los procesos revolucionarios en Bolivia en 1952, Chile en 1970, Nicaragua en 1979 y, principalmente, en Cuba en 1959, incentivaron interpretaciones favorables a la idea de una ruptura en clave socialista. Paralelamente, al igual que en España, el paso de los años dio lugar a un creciente pesimismo que se materializó en un incremento de la literatura distópica. Si bien obras como *No bastan los átomos* (1954) del ecuatoriano Demetrio Aguilera ya habían anticipado la emergencia de escenarios catastróficos, el giro pronunciado hacia la contrautopía y la distopía se dio en las décadas de 1980 y 1990. El afianzamiento de la hegemonía neoliberal ayudó a extender ese ambiente tétrico de finales del siglo XX hasta nuestra contemporaneidad. Sin embargo, como respalda el epílogo escrito conjuntamente por García y Gallardo-Saborido, el cambio de siglo demostró que los países hispanohablantes, pese a todo lo mencionado, continúan siendo sensibles a la influencia del impulso utópico.

En conclusión, *Utopías hispanas* representa un aporte valiosísimo para el campo de los Estudios Utópicos. El volumen expone al lector las manifestaciones más representativas del universo utópico de los países hispanoparlantes y evidencia la fecunda capacidad de sus pueblos para imaginar mundos alternativos y proyectar nuevos horizontes de expectativa. Su publicación supone una primera gran tarea de sistematización de esta tradición y su circulación por los ámbitos académicos funcionará, evidentemente, como una excelente guía y catalizador para las futuras investigaciones sobre el tema.

Con un recorrido que abarca desde el temprano *Sueño* de Juan Maldonado (1541) hasta escritos más recientes como *El país de las mujeres* (2010) de la novelista nicaragüense Gioconda Belli, pasando por decenas de proyectos intermedios como la *Argirópolis* (1850) del intelectual argentino Domingo Faustino Sarmiento, *El imperio de los enanitos* (1937) del médico español Casimiro Diz Lois o la *Utopía gay* (1983) del escritor mexicano José Rafael Calva, la minuciosa descripción ahondada por los investigadores da excesivas muestras, tal como era su voluntad, del gran motor de cambio cultural que fue la utopía en la historia. Pero, además, esta exploración da cuenta tanto de la proyección universal como de la dimensión particular que puede adquirir

y detentar la utopía. En ese sentido, no es arriesgado sostener que el aporte más importante del libro es, al margen de la meticulosa tarea de recopilación, la conceptualización sobre la propia idea de una tradición utópica hispana. Paradójicamente, quizás esa misma categoría sea una de las mayores debilidades del libro. Al proponerla, los autores se mueven en un marco de ambigüedad bastante vasto, sin terminar de establecer, en última instancia, los contornos de la misma. Si bien afirman, con total criterio, que la diversidad es el elemento más distintivo del desarrollo de la utopía en los pueblos hispanos, el hecho de que la diversidad como atributo se replique en casi la totalidad de las tradiciones utópicas habilita a cuestionar a los autores, de forma más detenida, los siguientes interrogantes: ¿Qué es la tradición utópica hispana? ¿Cuáles son sus características? ¿Qué singularidades adquiere respecto al resto de las experiencias utópicas del espacio occidental y mundial?

A pesar de esa cuestión, la sola labor de haber creado la categoría es algo excesivamente meritorio y merece discutirse y celebrarse. Aunque los autores no acepten el riesgo de dar definiciones demasiado precisas sobre la utopía hispana, la mera apertura teórica es un primer paso inicial que nos permite a todos los que nos dedicamos a estudiar la utopía seguir complejizando el problema. En esa dirección, el libro tiene la virtud de suscitar tanto preguntas como respuestas, algo que, sabemos, siempre es más que provechoso para las ciencias sociales y humanísticas. Adrede, y como garantía central e incuestionable, nos posibilita mapear y contextualizar cualquier utopía en lengua española que estudiemos, dándole un marco de estudio más general y global y ayudándonos a pensarla, en términos conceptuales, como parte de una herencia hispánica que la antecede y la condiciona.

